



Eros y Afrodita en la minificción

Eros and Aphrodite in minifiction

Dina Grijalva Monteverde¹

Universidad Autónoma de Sinaloa, México

PALABRAS CLAVE: MINIFICCIÓN, EROTISMO, ELIPSIS, PLACER.

KEYWORDS: MINIFICTION, EROTICISM, ELLIPSIS, PLEASURE.

1. PRELIMINARES

En los textos breves que han sido nombrados con la palabra minificción por el escritor mexicano Edmundo Valadés (y que han sido llamados también minicuento, microrrelato, cuento pigmeo, cuento liliputiense, microcuento, relatos vertiginosos, cuentos minúsculos, entre otras decenas de nombres), todos los temas literarios y humanos han sido aludidos o abordados.

En las miniaturas textuales podemos encontrar todas las pasiones que nos inquietan: el amor, el odio, la muerte, la envidia, los celos, el deseo. En esta forma escritural, como en otros géneros literarios, la variedad de temas es tan diversa como diversos son los sentimientos, emociones y vivencias humanas. Podríamos parafrasear la célebre frase de Terencio y decir que a la minificción nada de lo humano le es ajeno. Hay minicuentos en los que leemos historias de la cotidianidad, o de terror, en algunos leemos la recreación

¹ Artículo escrito como parte de la investigación posdoctoral *Eros en la minificción*, con apoyo de Conacyt.

de sucesos históricos, o versiones de personajes emblemáticos y de héroes mitológicos. Asistimos también al resurgimiento y transformación de la fábula y el bestiario; lo fantástico está presente en otro buen número de estos textos breves. Lo mismo podríamos decir de la ficción científica. La ambición, la infidelidad, los viajes, la muerte, los recuerdos de infancia, los oficios, son temas centrales en algunas minificciones. Y en algunas más, que son las que aquí leeremos, es Eros quien asoma su rostro (y su cuerpo, porque el erotismo literario siempre pone en juego mente y cuerpo).

Eros y Afrodita se pueden presentar en el mundo minificcional en una amplísima variedad de matices: desde la alusión velada al deseo del encuentro con el ser deseado hasta descripciones más o menos directas del placer que la experiencia erótica despierta, pasando por todos los tonos y gradaciones posibles. Si este nuevo género de la minificción –formado por “cuentos concentrados al máximo, bellos como teoremas”, según el feliz acercamiento del teórico y escritor David Lagmanovich– recurre a diversas estrategias retóricas para lograr textos en donde lo omitido es tan importante como lo dicho, en los minitextos en donde se alude al deseo, al placer y al encuentro de los cuerpos esto cobra una importancia esencial.

Por ello, tal vez el más importante y frecuente de los recursos que está presente en las minificciones eróticas sea la figura de la elipsis. Aquí lo elusivo se engarza con lo alusivo, que es tan propio de la escritura erótica. Recordemos lo expresado por Raúl Brasca, cuando define a la elipsis como: “ese portentoso poder de sugerencia de lo no dicho cuando lo dicho ha sido sabiamente calculado” (Brasca, 2008, p. 501). La estudiosa venezolana Violeta Rojo, por su parte, ha expresado: “en las minificciones el autor provoca el texto y el lector lo termina” (Rojo, 2009, p. 167). En el mismo tenor se ha pronunciado Sandra Bianchi: “leer microficción es inaugurar un evento comunicativo complejo. Si toda literatura celebra la tensión entre lo dicho y lo omitido, puede decirse que las producciones breves construyen sus blancos de significado y sostienen al lector en un estado de alerta y vacilación que no siempre se clausura en la última línea del texto” (Bianchi, 2008, p.12).

Cuando lo que se busca expresar es el deseo o el placer, los silencios cobran tal vez más importancia; es decir, el lector dota a esos silencios de una intensidad que tal vez no se hubiera logrado de otra manera. Así, lo elidido será lo que permite actualizar el efecto buscado por la autora o el autor.

Si una característica de la minificción es la necesidad de contar con un lector activo, en las minificciones eróticas este será un rasgo primordial: el lector deberá llenar los silencios, desarrollar las sugerencias e imaginar lo aludido o esbozado. Como veremos, también se recurre a imágenes sensoriales, que estarán presentes en varios de los textos seleccionados.

Leeremos a continuación un conjunto de minificciones escritas por autores latinoamericanos, en donde, el deseo y el placer se hacen presentes desde la mirada de ellos. Y, después, realizaremos la misma actividad lectora con un conjunto de minicuentos en donde es el deseo femenino el que se expresa a través de las palabras elegidas por excelentes escritoras también latinoamericanas y españolas.

2. EROS EN LA MINIFICCIÓN

Aparecerán a continuación un conjunto de minificciones en donde los autores han permitido que Eros incursione entre las palabras que forman los textos. Todas estas miniaturas textuales han sido escritas en nuestra lengua, por escritores de Argentina y Chile.

Iniciaremos nuestro breve recorrido por el mundo de la minificción erótica con un texto pequeñito del escritor argentino Orlando Van Bredam y veremos cómo, con solo tres líneas escritas, el imaginar lo que los personajes imaginan excede con mucho el tiempo de lectura; comprenderemos en la práctica lectora que si en toda la minificción la elipsis es una figura retórica siempre presente, en la minificción erótica, lo no dicho cobra mayor importancia, lo que se sugiere, lo que quien lee tiene que completar, lo que no está a la vista en el texto pesa más que lo que está.

En el texto del autor chileno Max Valdés Avilés se siente que el erotismo en la época actual puede ser solo un sucedáneo fugaz para la soledad que agobia a los habitantes de la posmodernidad. En “Tabú II”, de Pedro Guillermo Jara, también chileno y en “Hacerse grande”, del muy joven escritor argentino Leo Dolengiewich, es el deseo incestuoso —y su realización— el que es abordado con maestría en estos dos textos brevísimos.

Quien estas líneas lee, recorrerá también con los ojos físicos y con los de la imaginación los mundos minificcionales del erotismo en textos de los argentinos Julio Cortázar, Adolfo Bioy Casares, Héctor Germán Oesterheld (desaparecido durante la última dictadura que asoló su país), Roberto Perinelli, Gabriel Bevilaqua y Juan Romagnoli.

En el ascensor, de Orlando Van Bredam

Mientras bajan, él imagina lo que haría con ella si ella quisiera. Ella se imagina lo que él imagina y lo mira. Él ve en los ojos de ella lo que ha imaginado y se llena de vergüenza. Ella se lamenta, otra vez, de la eterna indecisión de ambos.

El amor en tiempos de postmodernidad, de Max Valdés Avilés

Un hombre, una mujer, tocan la pantalla simultáneamente, uno a cada lado del hemisferio, esa nueva forma de amar y extasiarse, hasta la soledad.

Tabú II, de Pedro Guillermo Jara

Se conocieron en el café. Fue amor a primera vista. Te pareces a mi hermano, dijo ella, los mismos gestos, su dulzura, sus hermosos ojos. Y tú, susurró él, te pareces a mi hermana, con esa larga cabellera, sus labios sensuales, sus caderas cimbreantes. La pareja se tomó de las manos. El calor comenzó a subir desde la planta de los pies a la punta de los cabellos, las miradas se anudaron y el deseo era incontenible. Aquella noche la cama acogió a los cuerpos entrelazados, giraron en suspiros, se mecieron en el vaivén de las olas, mar y luna, en el claroscuro de un motel.

A los nueve meses nació. Era normal, completo, sin cola de chancho.

Gran final, de Adolfo Bioy Casares

El viejo literato dijo a la muchacha que en el momento de morir él quería tener un último recuerdo de lujuria.

Gula, de Leo Dolengiewich

Cuando los integrantes del Comité de Clasificación de Pecados leyeron el detalle de lo que la mujer hacía con la boca a sus amantes, pusieron en duda la exactitud del título del informe, que rezaba: *Extraño caso de lujuria*.

Todas las noches, de Héctor Germán Oesterheld

Todas las noches la veía quitarse cada una de sus prendas. Así, desnuda, se tendía sobre la cama y entreabría las piernas, como invitándolo. Ansioso, él se acostaba a su lado, también desnudo. Pero no podía hacerle nada, ni siquiera tocarla con la yema de los dedos. Ni siquiera susurrarle al oído palabras seductoras. La vida de los fantasmas es dura.

Hacerse grande, de Leo Dolengiewich

Como había hecho de niño tantas veces, preparó el baño para su tía y se escondió para espiarla. Pero esta vez, era diferente: él ya había cumplido los dieciocho años. No se ocultó afuera para mirar por la ventana. Se quedó adentro, tras la puerta del baño.

Cuando la tía se desnudó y se sumergió en la espuma, él se abalanzó. Ella lo recibió con una sonrisa y le dijo *al fin*.

Vestir una sombra, de Julio Cortázar

Lo más difícil es cercarla, conocer su límite allí donde se enlaza con la penumbra al borde de sí misma. Escogerla entre tantas otras, apartarla de la luz que toda sombra respira sigilosa, peligrosamente. Empezar entonces a vestirla como distraído, sin moverse demasiado, sin asustarla o disolverla: operación inicial donde la nada se agazapa en cada gesto. La ropa interior, el transpa-

rente corpiño, las medias que dibujan un ascenso sedoso hacia los muslos. Todo lo consentirá en su momentánea ignorancia, como si todavía creyera estar jugando con otra sombra, pero bruscamente se inquietará cuando la falda ciña su cintura y sienta los dedos que abotonan la blusa entre los senos, rozando la garganta que se alza hasta perderse en un oscuro surtidor. Rechazará el gesto de coronarla con la peluca de flotante pelo rubio (¡ese halo, tembloroso rodeando un rostro inexistente!) y habrá que apresurarse a dibujar la boca con la brasa del cigarrillo, deslizar sortijas y pulseras para darle esas manos con que resistirá inciertamente mientras los labios apenas nacidos murmuran el plañido inmemorial de quien despierta al mundo. Faltarán los ojos, que han de brotar de las lágrimas, la sombra por sí misma completándose para mejor luchar, para negarse. Inútilmente conmovedora cuando el mismo impulso que la vistió, la misma sed de verla asomar perfecta del confuso espacio, la envuelva en su juncal de caricias, comience a desnudarla, a descubrir por primera vez su forma que vanamente busca cobijarse tras manos y súplicas, cediendo lentamente a la caída entre un brillar de anillos que rasgan en el aire sus luciérnagas húmedas.

Detonante, de Roberto Perinelli

El avión fumigador dibujó tres figuras pornográficas en el cielo y el escándalo se desató en la ciudad. Las estatuas se excitaron y copularon toda la mañana y aquellas que no encontraron con quien, se masturbaron a la vista de todos.

El pensador de Rodin, por ejemplo, llegó primero que todos a la fuente de las Nereidas y pudo elegir a su antojo, pero un prócer de la independencia llegó al colmo, porque cometió indescriptibles perversiones con la yegua que montaba.

A la sombra de un sueño en flor, de Gabriel Bevilaqua

Pasados los cien años del hechizo, la bella durmiente se resiste otra vez a despertar: "Tarde o temprano, sueña, lo intentará una princesa".

Amante, de Juan Romagnoli

Con la excusa de ir al cajero automático, me hago una escapada de noche, sola y con ropa liviana, a encontrarme con él. Es que lo extraño, lo deseo. Es tan inteligente, suave y servicial, y su posición tan sólida. Es tan reservado y caballero. Nos reconocemos con una contraseña y entonces me da la bienvenida. El acto furtivo nos provoca avidez. Como debo regresar pronto a servir la cena, no demoramos mucho y casi no hay tiempo para despedidas. Mientras me acomodo el vestido y guardo mis cosas en la cartera, él me recuerda que no olvide retirar mi tarjeta. No bien salgo, cierra la puerta discretamente.

Intimidad, de Juan Romagnoli

Quienes no saben que toco el oboe me consideran un solitario. Quienes sí lo saben, ignoran cuán solitario soy. A mí me tiene sin cuidado lo que piensen los demás.

Cuando toco el oboe me siento acompañado. Por las mañanas practico escalas, hago ejercicios. Por las tardes ensayo las partituras. Mis dedos recorren el ébano femenino, acarician las llaves, se demoran en cada nota. Mis labios oprimen ligeramente la caña, el aire penetra con fuerza las vías respiratorias. Las notas se acumulan, las melodías se suceden. Empiezo a sentir que mis dedos se alejan, se alejan. La música, entonces, se independiza de mi cuerpo y regresa limpia para invadirme todo el ser.

Si para entonces (como suele suceder) alguien llama a la puerta, no lo oigo, o finjo no oír. Ella es vergonzosa y no desea ser vista en mis brazos.

3. AFRODITA EN LA MINIFICIÓN

Leeremos a continuación algunas minificciones de autoras latinoamericanas y españolas en donde la presencia de Afrodita se hace visible con toda la fuerza de la pasión y del placer femenino. Veremos cómo la escritura femenina ha avanzado en su capacidad para expresar aquello que durante siglos estuvo vedado (salvo deslumbrantes excepciones como Safo) a las mujeres: la expresión del deseo y del placer desde el sentir del cuerpo femenino.

Leeremos en este conjunto de textos breves, la manifestación verbal del deseo femenino que permite vislumbrar zonas del placer del deseo o del encuentro de los cuerpos a las que solo es posible asomarnos si es desde un cuerpo femenino desde donde se enuncia el discurso minificcional. Con respecto a la escritura del erotismo desde la perspectiva femenina, Luisa Valenzuela ha expresado:

Podemos así tener una perspectiva plural del erotismo literario, desde la diversidad de tonos, matices y sentires que surgen de las diferentes sensibilidades y tradiciones. Leeremos en varios de los siguientes minicuentos una feliz asociación entre el deseo y el placer con sabores, colores y aromas, como sucede en “Entre los besos”, de la escritora española Carmen Martínez Marín; en “Helados de limón y frambuesa”, de la argentina Ángela Pradelli y en “Manhattan y ron”, de la autora chilena Gabriela Aguilera. En las brevísimas minificciones de Ildiko Valeria Nassr, Isabel Wagemann Morales y Alejandra Capozzoli aparecen diferentes camas, pero las tres tienen en común el ser el sitio privilegiado del encuentro amoroso. Lo lúdico, la pasión y el humor son ingredientes presentes en varios de los minicuentos de las autoras que, ya, sin más preámbulos, leerás:

Entre los besos, de Carmen Martínez Marín

Los besos parecen peces que flotan entre los intervalos de las olas, fundiéndose entre labios de sabores marinos de milhojas dulces, escritos sobre la mar en su caleidoscopio, son besos de colores que navegan entre caricias de agua, fluyen y salen a nado en busca de bocas o vienen mezclados entre las redes de los pescadores cuando llegan a puerto.

Sentada en la orilla, sobre la fina arena o asomada por la ventana de un cuadro conocido, está esa mujer de azul que contempla el mar y la magia de los besos. Entre los besos dados y los que le quedan por dar, se queda con los últimos.

Kamasutra, de Carmen de la Rosa

Después de que la mujer elástica y el hombre forzado hubieran practicado por primera vez acrobáticas posturas amorosas, en su roulotte, a la hora de la siesta, él, tierno y solícito, vuelve a encajarle a ella los húmeros en las escápulas, los fémures en los acetábulos, los radios en los escafoides. Ninguno de los dos ha disfrutado tanto nunca.

Pasiones, de Pía Barros

Aunque enraizara los huesos en la tierra, toda mi carne se arrancarí­a en tu búsqueda.

Mas polvo enamorado, de Lilian Elphick

Soñé contigo, Pelá.

Soñé que te hacía polvo y que tú me lo agradecías.

Cama con espejos, de Isabel Wagemann Morales

Reflejados infinitamente en los espejos de uno y otro lado de la cama, hicimos todas esas veces el amor.

Juegos de seducción, de Ildiko Valeria Nassr

Afuera los niños cantan: Antón, Antón, Antón pirulero.

Adentro, la cama destendida. Vos en mí.

Cada cual, cada cual atiende a su juego.

(Sin título), de Alejandra Capozzoli

La cama —seda oscura— nos espera. Aroma de sexo y jazmín. Cruje la puerta. No somos nosotros.

Pero ella —infiel— se abre igual.

Helados de limón y frambuesa, de Ángela Pradelli

Gastón está de pie, frente a la mesa de las salsas y los licores, sirviéndose doble medida de limoncello sobre la copa helada de amarena. Las piernas largas de Carolina caminan apretadas pero ágiles dentro de la minifalda roja del uniforme de la heladería. El rojo de la pollera combina con el bronceado de las piernas. Carolina se ríe nerviosa cuando Gastón le dice que quiere probar la especialidad de la casa. Él tiene una bermuda naranja, un par de ojotas negras y una tobillera de mostacillas amarillas. El pelo largo le cae pesado y brillante sobre los hombros.

Gastón termina el cuarto helado de la noche, frambuesa bañado de con abundante limoncello. Después la sigue por el pasillo que une la heladería con los locales del fondo. Lo hacen detrás de las heladeras donde se almacenan las cremas. A ella le gusta la forma descontrolada en que él la besa y el perfume que se desprende de su pelo brillante. Él le embadurna los labios con crema helada y después la besa hasta dejárselos limpios y húmedos. La voz ronca del dueño de la heladería atraviesa el pasillo gritando Carolina. Ella siente el dulzor de los labios de Gastón y la acidez húmeda del limoncello atrapada en los bordes suaves de las encías. Las manos anchas de él acarician la espalda desnuda de Carolina. Con suavidad, ella aprieta entre sus labios un lunar oscuro que Gastón tiene en el hombro, parece una de esas almendras partidas del chocolate italiano. Ella no distingue ya la acidez del limón, el dulzor de la frambuesa o la sequedad de la almendra pero no le importa ni eso ni nada, ni siquiera la voz gruesa del dueño de la heladería, esa voz de caverna que recorre otra vez el pasillo gritando su nombre.

Salida, de Ildiko Nassr

La mujer en mí se viste de loba y sale al mundo a mendigar un cazador.

Propiocepción amorosa, de Guiomar Carrillo

Ocurría con frecuencia que al acariciarte yo también me diluía.

Certezas, de Miriam Chepsy

-¿Crees que tu marido pueda tener una amiga?

-Imposible, vuelve temprano y sólo sale a pasear con los perros, después de cenar, todos los días. Enlazados apasionadamente, desnudos sobre la cama, ella gozaba con sus caricias y él apuraba esos cortos momentos de sensualidad y placer en que sus manos y su boca la redescubrían. Mientras, sus dos perros se disputaban los favores de la perra de María.

Galanteo en ropa de trabajo, de Lucía Díaz

Lo encuentro como siempre, con el escobillón en las manos, extasiado frente al lienzo. Acentúo entonces las pisadas para que advierta mi presencia y reanuda con prontitud su tarea.

Al pasar delante de la pintura, siendo la intensa mirada de reproche de la joven del cuadro. Prosigo mi camino perturbada, porque he vuelto a interrumpir el sublime momento que acontece por las mañanas, entre el muchacho de la limpieza y ella.

Hora pico, de Laura Elisa Vizcaino Mosqueda

A Guillermo Samperio

Una masculina fue entrada dentro de una blusa de una mujer que descendía del metro. La dama, de escote amplio, se rehúsa a entregar el miembro.

Manhattan y ron, de Gabriela Aguilera

Te miro por encima de mi copa de manhattan y tus ojos son los mismos que recordaba. Dejas a un lado el vaso de ron y tu sonrisa me pone frente al muchacho que amé, como si no hubiesen pasado los años. Quiero besarte y no me atrevo. Sin embargo te acercas y los dos sabemos que va a ocurrir, porque entre tanta mala pasada y tantos caminos recorridos, hemos sobrevivido a la fatalidad del amor. Y tu boca se encuentra con la mía, el sabor del manhattan y del ron entremezclados en un beso que no termina, rodeados de desconocidos a los que les importamos un carajo y entonces tu mano sube por mi pierna, bajo la mesa, para llegar precisa al lugar en que te espero. Te recibo en una caricia que debí permitirnos hace más de treinta y cinco años, en esa noche tremenda en que te abandoné, asustada ante la voracidad de una pasión que podía matarme. Me tomas con cuidado, y sin embargo dueño, y entras en mi cuerpo, como si no estuvieras haciendo nada. Luego de unos minutos me dejas, metes los dedos en tu vaso de ron y los lames, sin mirarme. Me recupero en medio del público y temblando aún, tomo la copa de manhattan, levantándola para brindar por ti, por nosotros, por la pericia de tus dedos que me acaban de coger en el centro mismo del dolor de habernos perdido.

4. COLOFÓN

Esta es solo una breve muestra de la presencia de Eros y Afrodita –una de las diosas tutelares del erotismo femenino– en las brevedades narrativas que han recibido entre otros nombres los de: minificación, cuento mínimo, miniatura textual, cuento hiperbreve, cuento liliputiense. Y es una breve muestra de cómo la brevedad permite –siempre que la autora o el autor conceda una gran importancia a la elección de las palabras idóneas para decir mucho en pocas líneas– expresar el deseo y el placer femenino o masculino en una diversidad de tonos y matices que enriquecen nuestra percepción gozosa de la dicha y la felicidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bianchi, S. (2008). Poéticas del resplandor. Prólogo a *Cielo de relámpagos. Antología de microficciones y otras instantáneas literarias de autores latinoamericanos*. Neuquén, Argentina: Ruedamares.
- Brasca, R. (2008). Microficción: el juego de lo aparente. In Andrés-Suárez, I. & Rivas, A. (Eds.), *La era de la brevedad. El microrrelato hispánico* (pp. 497-510). Palencia: Menoscuarto.
- Rojó, V. (2009). *Breve manual (ampliado) para reconocer minicuentos*. Caracas: Equinoccio/Universidad Simón Bolívar.

RESUMEN

El ensayo aborda el tema del erotismo en la minificción. Se analiza la importancia de la figura de la elipsis, la esencial participación del lector y cómo el erotismo es escrito desde la perspectiva masculina por los escritores y desde la perspectiva del sentir femenino por las escritoras. Se incluye también una selección de minificciones de escritores y escritoras, todas en lengua española.

ABSTRACT

The essay approaches the topic of the eroticism in minifiction. It is analyzed the importance of the figure of the ellipsis, the essential participation of the reader and how the eroticism is written from a masculine perspective by male writers and from a perspective of feminine feeling by women writers. There is also included a selection of minifictions, all in Spanish language.